

LIBRERIA **puvill**

LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS

*Boters, 10 y Paja, 29 - Jaime I, 5
Barcelona - 2 (España)*

202
5.000

Preleta DG.CL
A

T. 58488
C. 1073985

CASTILLA

Obras de Marciano Zurita

EL TRIUNFO DEL SILENCIO (versos).

LA MUSA CAMPESINA (idem).

HISTORIAS DE ZORRILLA (prosa).

PÍCAROS Y DONOSOS (versos).

HISTORIA ANECDÓTICA DEL GÉNERO CHICO.

CASTILLA (versos).

Próximas a publicarse

DEL NOBLE SOLAR HISPANO (sonetos).

LAS MANSIONES DE LA RAZA (romances).

RETABLILLO DE PÍCAROS (sonetos).

TRIRREMES DE ORO (versos).

VIA CRUCIS (sonetos místicos).

DAGAS, TIZONAS Y HOCES (poesías castellanas).

MARCIANO ZURITA

CASTILLA

(VERSOS)

EDITORIAL JORGE MANRIQUE

MAYOR PRINCIPAL, 130-136

PALENCIA

1924

R. 49189



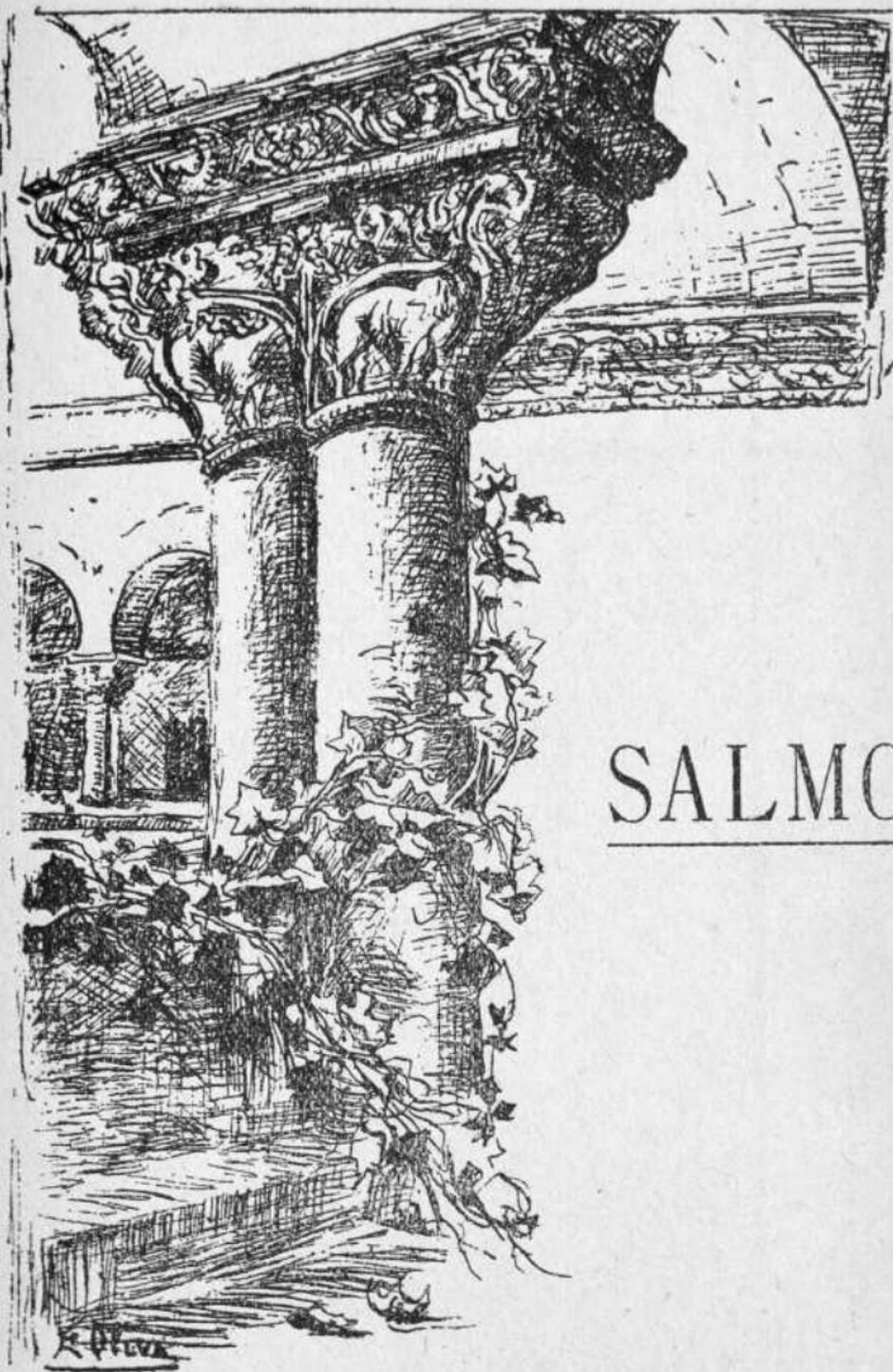
ES PROPIEDAD

COPYRIGHT BY MARCIANO
ZURITA, 1924.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO
QUE MARCA LA LEY.



**Al ilustre pintor castellano
ASTERIO MAÑANÓS.**



SALMO

¡Tierra luminosa de los campos de oro!
¡Cimbra que sostiene los arcos triunfales
por donde pasaran, en tropel sonoro,
los predestinados y los inmortales!
¡Herencia sagrada de los estatuarios
atletas que fueron nuestros genitores!
¡Códice de aquellos días legendarios,
tan esplendorosos y consoladores!

¡Materna custodia del honor ibero!
¡Jugo de la raza española! ¡Semilla
de fértiles mundos! ¡Copioso nevero
de cálida sangre que corre a torrentes
por las rojas venas de la hispana arcilla!

¡Páramo claustrero
donde, reverentes,
doblan su rodilla
los anacoretas y los penitentes!
¡Solar de las gestas y del Romancero!
¡Madre Castilla!

—

Tienen tus arrugas los pliegues sinuosos
de las barbecheras en las paramías;
surcos que en tu frente se abrieron gloriosos
bajo el sol que tuesta tus carnes baldías;
profundas estrías
que van horadando la recia pilastra
en que fué tallado tu cuerpo bendito;
girones de vida que el dolor arrastra
por tu humilde huerto pelado y marchito;
venerandas plicas de un noble legajo
donde sus poemas de luz han escrito
la Ciencia y el Arte, la Fé y el Trabajo...

Déjame que ponga mis labios en ellas;
deja que las bese con amante anhelo,
porque tus arrugas son como las huellas
con que se desangran tus pies en el suelo.

¡Insignes arrugas de tu campesino
rostro calcinado por los resplandores
del sol de la estepa, yo os adivino
rúbricas gloriosas que, en días mejores,
hubieran trazado sobre un pergamino
los santos, los reyes y los trovadores!

—

Tus pupilas tienen la tristeza vaga
que en los silenciosos campos se dibuja
cuando el beso de oro de la luz se apaga
sobre el cáliz negro de la noche bruja;
congoja doliente de adelfa marchita
que se dobla exangüe sobre el tallo roto;
callado tormento de la margarita,
que fué sol y luna de un país remoto;
súplica anhelante de las rojas mieses
que lentas maduran y granan veloces
temblando sus áureas pepitas campesas
al verdugo filo de las curvas hoces...

¡Pupilas que vieron risueñas auroras
en las lontananzas
donde palpitaban acariciadoras
las alas divinas de las esperanzas!

¡Videntes pupilas que, abiertas al blando
sueño taumaturgo de la profecía,
vidriosas y tristes se van hoy cerrando
sobre lo ignorado de la lejanía...!

¡Mírame a tus plantas, postrado de hinojos,
con las violetas de mi pobre canto!
¡Deja, Madre mía, que bese tus ojos
y beba el amargo raudal de tu llanto!
¡Déjame que bese tus nobles pupilas
misericordiosas y aterciopeladas,
hasta que se tornen firmes y tranquilas
tus bellas, tus suaves, tus dulces miradas;
miradas de madre cerca de sus hijos
que se transparentan cuando se deslían,
como las miradas de esos Crucifijos
que nos enternecen porque nos sonríen!

Tiembla en tus palabras el místico acento
de las abadesas de tus abadías;
dóciles palabras de renunciamiento
llenas de nostalgias y melancolías;
palabras tan dulces como la dulzura
de tus amorosos labios maternos,
donde el negro cisne de la desventura
canta junto al mirlo de los madrigales;
palabras solemnes de rezo y de llanto,
suaves y piadosas, tristes y apagadas,
que son, porque en ellas palpita algo santo,
como las espinas de la flor de acanto,
más adoloridas que desesperadas;
palabras que inspiran la fé que perdimos
y que manifiestan la luz que buscamos;

divinas palabras que todos oímos
cuando a tus rodillas nos arrodillamos...

¡Déjame que escuche tu voz, Madre buena!
¡Que ella sea el eco de mi oído mozo!
¡Que contigo mi alma se muera de pena
o tiemble de gozo!
¡Que de tus palabras el místico acento
mi pecho espolee como un acicate!
¡Que si tú eres monja, yo entre en tu convento,
y si tú eres reina, me lance al combate!

¡Palabras maternas y consoladoras,
sed siempre mi guía,
y cuando a mí lleguen las últimas horas,
rezad en mi oído, como las sonoras
campanas de bronce de mi poesía...!

Guardan tus cabellos los áureos ropajes
de los encerados campos trigaleros,
como el de las reinas, como el de sus pajes,
como el de sus damas y el de sus troveros;
cabellos de Tíbar que el sol envidiara,
si no fuera ciego por su propio brillo;
lucientes cabellos que cercan tu cara
como rucas de oro que ciñen su ovillo;
cabellos de hoguera que arde en los rastrojos,
de brasa que incendia la trébede pobre,
de doblón antiguo de matices rojos,
de céntimo nuevo de fulgente cobre...

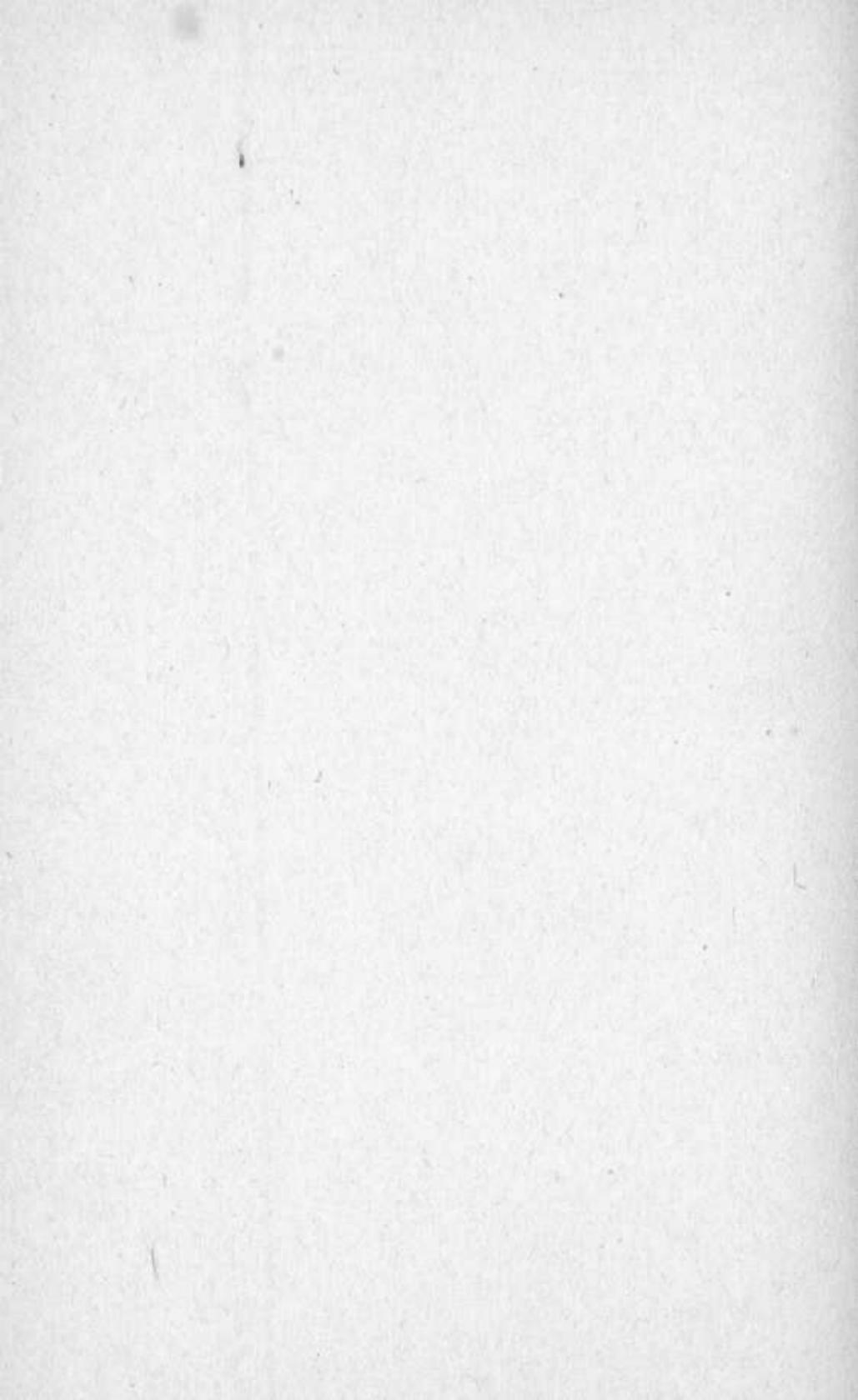
¡Cabellos augustos! ¡Divina melena
que sobre tu vida se ha desmelenado,
como los mechones de la Magdalena
sobre las rodillas del Crucificado!*

—

¡Oh, Madre Castilla, la de los fecundos
senos genitivos y las alumbrantes
entrañas ubérrimas, la que en los profundos
vasos de su vientre concibió dos mundos
diáfanos y duros como dos diamantes!
¡Madre de los recios y los valerosos,
de los visionarios y los soñadores,
de los caballeros más temibles que osos,
más fuertes que tigres, más bravos que azores!
¡Madre de los pechos misericordiosos,
no sufras, no llores!
Levanta tus ojos al cielo, y espera.
¡Dios hará el milagro
de la Anunciación en tu barbechera,
y arderán tus rojas espigas de cera
sobre los divinos altares del agro!
No importa que vieja y herida y cansada
te mires... ¡Tus hijos son rudos, son recios
y su mano fuerte, callosa y honrada
sabrán a todas horas cobrar la fonsada
de las agresiones y de los desprecios!
Sabrán tus arrugas borrar de tu frente,
hacer animosa tu mirada triste,

volver a tus labios el himno ferviente
que fué el alarido con que nos pariste,
y a tus pies hincando la noble rodilla
y ardiendo en su pecho filial llamarada,
besarán tu mano, seca y amarilla,
tus rubios cabellos, tu dulce mirada,
y dirán cantando sobre la llanada
que es tu hogar, tu trono, tu lecho y tu silla:

«¡Salve Castilla!»



PRIMERA ESTANCIA



CASTILLA

LA DE LOS

BURGOS

E. Varola

POR EL AMOR DE MI DAMA

Al lugar apartado
donde mi pecho refugióse un día,
triste e inesperado
llegó, señora mía,
el mensajero que tu amor me envía.

Mi castillo roquero
tan reposado ayer y silencioso,
porque tu mensajero
fuera en él venturoso,
salió de su silencio y su reposo.

En la torre señera
irguióse altivo mi pendón balaje,
cerré la ballestera,
guarnecí el almenaje
y de oro y grana se vistió mi paje.

Tronaron los clarines,
la cercana llanura estremeciendo,
y fué hasta los confines
a que mi juro extendo
el agrio son de su viril estruendo.

Hubo fiesta de gala
en la sala de honor de mi castillo,
y se juntó en la sala
todo cuanto da brillo
a mis rancios blasones de caudillo;

y tras de la galana
fiesta de honor, de paz y de homenaje,
la gente castellana
oyó de tu mensaje
el dolorido y trémulo lenguaje:

«Sufro mucho — decías —
y aunque al pecho la fe no le abandona,
todas mis alegrías
borró quien me aprisiona
envidioso, quizá, de mi corona.

Yo le dí mi sagrada
sangre de amor, mi maternal ternura;
por él, sacrificada,
lloré mi desventura,
y él, como pago, mi dolor procura.

Quisiera ver mi vida
en mil heridas diferentes rota,
y que por cada herida
fluyera, gota a gota,
la sangre ineficaz de la derrota.

Que sobre la llanura
desplegase el dolor su triste velo;
que a la espiga madura
bajase desde el cielo
desatado huracán o áspero hiel.

Que en los rústicos lares,
enmudeciendo la rural plegaria,
sonasen los cantares
que reza, solitaria,
la miserable condición del paria.

Que de mis caballeros
toda la altiva raza sucumbiera,
y no hubiesen mis fueros
ni quien los defendiera
ni quien los ilustrase y mantuviera.

Que todos mis amores
se trocasen en íntimo quebranto,
y no viese otras flores
que las flores de acanto,
que son espinas y dolor y llanto.

Que todos mis poetas
dejasen de cantarme, y que en el oro
gentil de mis trompetas
ahogárase el sonoro
clarinazo triunfal de mi decoro.

Que todos mis leales
su lealtad trocasen en bastardas
ambiciones filiales
y en opresoras guardas
todas sus reverentes alabardas...

Llorosa e indefensa,
una mujer en su dolor reclama
con pesadumbre inmensa
que se ampare en su fama
a la reina, a la madre y a la dama.

Si queda aún en Castilla
alguna lanza que a luchar se preste
por mi honor sin mancilla,
mi llamamiento es este...
¡Quien quiera contestarlo, que conteste! ▶

Yo escuché tu mensaje
y a contestarlo, reina mía, vengo
con el fiero coraje
que cumple a mi abolengo
y a la honrosa divisa que mantengo.

Noble soy, reina mía,
y poeta, además, y castellano;
la fe llevo por guía,
la lira en una mano
y en la otra un acero toledano.

Yo acudiré al torneo
en que tu honor de reina se debata,
y mi mejor trofeo
será el de ver la plata
de mi escudo teñida de escarlata.

Dejaré en campo abierto
limpio tu honor, honrada tu divisa,
nuestro enemigo muerto,
y tornaré de prisa,
buscando el galardón de tu sonrisa;

y cuando ella, galana,
me envuelva en sus dulzuras celestiales,
mi lira castellana
a tus plantas reales
hablará, por mi amor, en madrigales...

RETORNO SEÑORIL

En lo hueco del valle zumba el cuerno lejano,
descórrense las agrias cadenas del rastrillo,
y sereno, arrogante, transpone el castellano
el foso en que se bañan los pies de su castillo.

Fuese de cetrerías a paraje lejano
y vuelve oliendo a malva y a espliego y a tomillo:
el halcón favorito sobre la diestra mano
y junto a la siniestra el lebrél y el cuchillo.

En el vasto salón un árbol se destronca,
roído poco a poco por los dientes del fuego,
que se hincan como garfios en la leña reseca.

Hay un fraile y un lego. El fraile es viejo y ronca,
y en tanto, narra pícaros episodios el lego
a una moza que escucha mientras hila su rueca.

ROMANCE DEL GRAN AMOR

De lejanas tierras vengo
y a lejanas tierras voy,
mas un plazo en la jornada
me manda abrir el amor
para que sepas mis cuitas,
castellana de Carrión.

Harto maltrecho y cansado
la jornada me dejó;
cien leguas en cuatro días
lleva andadas mi bridón,

sin que él se mostrase tardo
ni desfallecido yo,
ni hiciéramos alto apenas
en postigo de mesón,
ni se advirtiese cansancio
en ninguno de los dos;
y al cabo de tal jornada,
bajo tus muros estoy
dispuesto a decirte trovas,
castellana de Carrión.

De corto plazo dispongo
para finar mi misión,
y en su empeño, por ser árduo,
está en fianza mi honor,
ya que de un castillo vengo
y hacia otro castillo voy,
y una reina es quien me aguarda
y un rey el que me envió;
mas, aunque plazo más breve
se diera a mi comisión
y fuese más alta ésta
y más aún quién me la dió,
yo a la empresa confiada
abriera plazo mayor,
sólo por mirar tus ojos,
castellana de Carrión.

El monarca, a mi regreso,
mil honras me prometió:

un feudo en Alba de Tormes
y otro feudo en Villalón,
el mejor de sus arneses
y su armadura mejor,
un corcel, un gerifalte,
un castillo y un blasón;
mas aunque más me ofreciera
quién ya tanto me ofreció,
no adelantara el regreso
por gozar de tal honor,
y en tus muros detendría
mi ligero paso yo,
sólo por besar tus manos,
castellana de Carrión.

LOS TRES ACEROS
DE CASTILLA

TRÍPTICO

LA DAGA

Pasé de un batihoja alcalareño
a un viejo amolador talaverano;
luego, un judío me vendió a un cristiano,
y el cristiano, por fin, se hizo mi dueño.

Con su honor por divisa, y por empeño
y por guía gentil su recia mano,
me he hundido en todo pecho de villano
que osó ante mi señor mostrar su ceño.

He estado con un rey, de cetrería;
me llevó un trovador, de juglería;
más de un caudillo me debió su fama...

He defendido a un conde y a un prelado;
concurrí a la batalla del Salado,
y he dormido en el pecho de una dama...

LA LANZA

De las forjas de Ocaña salí un día
y a las manos llegué de un mesnadero
que me embrazó, llevándome altanero
adonde guerra y exterminio había.

Con su fama, al vencer, creció la mía,
y fui de caballero en caballero,
siendo de todos el pendón señero
la santa cruz y la ardorosa guía.

Después, el tiempo me llenó de herrumbres
y descendí de las altivas cumbres
a un lugar de la Mancha vulgarote...

Allí Cervantes descubrió mi encierro
y, lleno de emoción, puso mi hierro
en la mano inmortal de Don Quijote.

LA TIZONA

Nací en Zocodover, y el Tajo umbrío
templó mi acero en su imperial corriente;
prestóme el sol su claridad ardiente,
y la luna romántica, su frío.

Tengo algo del creyente y del impio
—de aquél, el corazón; de éste, la frente—,
y voy gallardamente, fieramente,
a toda lucha, a todo desafío...

Mi bautismo de sangre fué en Gaeta;
el mayor de mis triunfos, en Amberes;
el mejor de mis dueños, un poeta.

No he faltado jamás a mis deberes,
y está lleno de besos de mujeres
el cáliz de mi limpia cazoleta,

HERIDO DE MAL DE AMORES

Camino de Tordesillas
va don Gonzalo de Albar,
contento de su ventura
y cumplido de su afán,
que en Tordesillas le esperan,
y a eso don Gonzalo va,
dos ojos en los que verse
y una justa en que lidiar.

Por mirarse en tales ojos
y vencer en justa tal,
diera de sus señoríos
el de mayor tributar;
la más empinada almena
de su caudillo feudal;
de sus inquietos caballos,
el más fogoso alazán,
y su galea de plata
y su silla de montar...

¡Diera más, si más pidieran,
puesto que diera quizá
de todos sus gerifaltes
el más cetrero y rapaz!

Hase dicho de la justa
que muy reñida será,
pues los ojos que han de verla
tales son, que juntarán
en riña a los caballeros
de más noble calidad
de Simancas y de Toro,
de Burgos y de Alcalá;
¡que por verse en ojos tales
volverían a justar
Juan de Merlo, Pero Niño
y don Suero y don Beltrán...!

Mas don Gonzalo, a quien nadie
hubo de vencer jamás,
arrogante y decidido
hacia Tordesillas va,
luciendo en la sobrevesta
el blasón de su solar
y flotando en su birrete
la pluma de pavo real.

Su diestra mano refrena
de su corcel la ansiedad,
y su siniestra, el recazo
de la tizona al pulsar,
tiembla bajo el ambarino
guantelete de Milán....

—

Camino de Tordesillas
va don Gonzalo de Albar.
Contento va don Gonzalo,
¡quién sabe si volverá...!
Que unos ojos le han herido
y han de matarle quizás...



AL REGRESAR DEL TORNEO

Por la burgalesa campiña asolada
y hacia su castillo de Castrojeriz,
iba un caballero de espuela dorada,
jinete en un potro de altiva cerviz.

El buen caballero y el gallardo potro
volvían triunfantes de un juicio de Dios,
y en las aposturas del uno y del otro
se advertía el fiero temple de los dos.

En ellos fiando su amor una dama,
les dió una divisa, les abrió una espera
y llorosa y triste los miró marchar...

Y al volver, triunfantes del torneo, es fama
que el buen caballero se hundi6 la visera
porque no le viese su dama llorar...

ROMANCE DE LA MANO BLANCA

En el bravo corcel de las patas ligeras
y las ancas redondas y las crines de seda,
caminaba el Rey Joven por Castilla la Vieja.

No buscaba el Rey Joven aventuras de guerra,
pues ni riña con fieles ni con moros pelea
le ofrecían los campos de Castilla la Vieja.

No buscaba el Rey Joven aumentar sus riquezas con servicios y feudos, con yantares y tércias, porque todo era estéril en Castilla la Vieja...

Una tarde, el Rey Joven refrenó su carrera, fatigado de viajes, y al mesón de una aldea dirigió su corcel con angustia suprema.

Mesonero y criado le tomaron las riendas; recibieron, confusos, guantelete y gorguera y besaron sus manos con angustia suprema.

Descendió de las salas una linda doncella que al hablar el Rey Joven inclinó su cabeza y turbóse después con angustia suprema...

Es rubia la moza y espigada y esbelta; se calzaba chapines, se peinaba con trenzas y ofrecía su rostro palidez y tristeza.

Contemplóla el Rey Joven con mirada tan tierna que encendió las mejillas donde poco antes viera como flores de muerte, palidez y tristeza.

Y posando en la diestra de la moza su diestra,
habló así: Dime, dime, gentil mesonera,
¿por qué tiene tu rostro palidez y tristeza?

¿Por qué es blanca tu mano? ¿Por qué, si el sol la quema,
es un copo de nieve? ¿Por qué no está morena
como están las espigas?... Tienes mano de Reina...

¿Por qué es suave tu mano? ¿Por qué es pulida y tersa?
¿Por qué el áspero soplo del viento respeta?
Tu mano me enamora... Tienes mano de Reina...

He de partir. Ya nunca tu mano de azucena
temblará entre las mías como esta noche tiembla
¿Quieres venir conmigo?... Tienes mano de Reina...

VENCIDO

Luché once veces y vencí las once,
a todo reto con presteza acudo,
y tocante a justar, justa no eludo
con un Mendoza, un Iñigo o un Ponce.

No existe hierro que mi hierro tronce
ni nadie verme ante sus plantas pudo;
que tengo el corazón, como el escudo,
dorado a fuego y esculpido en bronce.

Bravos infantes, nobles caballeros,
rudos caudillos, inclitos guerreros
temblaron a mis bélicos arrojos...

¡Siempre fui vencedor, hasta que un día
con vuestros ojos entablé porfía
y me hube de rendir a vuestros ojos!

EL JUGLAR VUELVE AL CASTILLO

Porque lo quiso vuestro padre
y hubísteis vos condescendencia,
dejé la lira por la espada
y los romances por la guerra...

Dos años ha que, ensombrecido
por mi dolor, partíme a ella,
con vuestra imagen por escudo
y vuestros ojos por promesa.

Si en el ataque fui resuelto
y valeroso en la pelea,
os lo dirán mis cicatrices
con más razones que mi lengua.

Sobre los muros de Zamora,
una lanzada hirió mi diestra
y otra lanzada hirió mi pecho
bajo los muros de Palencia.

Estuve en Lerma con el rey
y en Tordesillas con la reina,
y merecí besar sus manos
en Tordesillas como en Lerma.

Treinta combates he reñido
y salí airoso de los treinta,
y si llevo hechas cien jornadas
no me cansó ninguna de ellas.

Ni mis victorias me envanecen
ni me envanecen mis preseas,
porque preseas y victorias
no han sido mías sino vuestras.

Para entregáros las, humilde,
llevo corridas muchas leguas,
con vuestros ojos como guía
y nuestro amor por recompensa.

Decidme vos si en vano pide
que tal merced se le conceda
al que rendido a vuestras gracias
viene triunfante de la guerra.

Si el que besara en Tordesillas
la blanca mano de su reina,
ha merecido como premio
poner sus labios en las vuestras.

Y si debajo de estos muros
quedará herido de tristeza
el que fué herido de lanzada
bajo los muros de Palencia.

POR RESPETO DE SU DAMA

El clavero de Alcántara alardea
de ser también de vuestro amor clavero
y tal se muestra el tal de placentero
que como tal se ufana y regodea.

Lo que dice, verdad sea o no sea,
pronto su boca sellará mi acero,
que no puede un desliz, por verdadero,
curar respeto a aquel que lo vocea.

Yo le haré confesar que lo que dice
no lo debe decir ningún hidalgo,
ni lo ha de propalar el que bien ama...

Que por más que una dama se deslice
y quiebre su virtud, siempre queda algo
digno de prez: su condición de dama.

SEGUNDA ESTANCIA

Castilla



la de los

Ferros



UN RETRATO DE VELÁZQUEZ

Diego de Velázquez, gran amigo mío,
quiso en un retrato sentar mi figura,
y con desconcierto del que me glorío
no supo fijarme sobre la pintura.

Púsome vestido de sayo y ropilla,
terciando una capa lujosa y gallarda;
mi altivo chambergo, mi tiesa golilla
y mi pasamano de seda lombarda.

Hundió mis flaquezas en ancho gruegüesco
y alzó hasta las nubes mi recio bigote,
dándome gorduras propias de tudesco
y solemnidades propias de hugonote.

Clavó en mis ojuelos la luz de dos grandes
miradas que infunden asombro y espanto,
como las del fiero Recaséns en Flandes
o las del temible Bazán en Lepanto...

Y entre los honores con que me desroña
de la baja estirpe que con él comparto,
me puso en el pecho la cruz de Borgoña,
y al cinto, la espada de Felipe Cuarto.

...Agradezco mucho lo que hizo don Diego
por fingir que sea lo que nunca he sido;
pero a sus ficciones yo no me doblego,
y voy a pintarme con más parecido.

Nací no sé donde, ni de ello me curo;
viví no sé como, de naípe o vilorta;
en todo negocio mi vida aventuro,
y nadie me quiere ni nada me importa.

De aldea en aldea corrí ambas Castillas
haciendo de todo, sin saber de nada:
cosiendo bonetes para Tordesillas
o cardando felpas para Torquemada.

Si gano un escudo, lo juego al instante;
si adquiero una trampa, no me desentrampo,
y mayor bigardo ni mejor feriante
no lo tuvo nunca Medina del Campo.



En las amarillas tierras de Segovia
encontré acogida benévola y franca,
y llorosa y triste dejé allí una novia,
y otra novia en Burgos y otra en Salamanca.

Rodé sin descanso por todo camino,
bebí indiferente de toda bodega
y estuvo mi boca más harta de vino
que harta de doblones y pan mi talega.

Y un día, en la corte, viendo que mis ropas
se desvanecían y deshilachaban,
por cambiar de traje, me enganché en las tropas
del Rey don Felipe, que a Flandes marchaban.

Pero, en cuanto pude, salté de las filas
y eché por los campos, tras la picaresca
charla de amistades mucho más tranquilas
que las amistades de la soldadesca.

Todos los mesones se me franquearon,
todas las cocinas por mí se encendieron,
y los mesoneros me reverenciaron,
y las mesoneras me comprometieron...

Que, al ver mi gallarda fanfarronería,
no hubo mesonero que no me temiera,
ni dije palabra de galantería
que causara enojos a la mesonera.

Don Diego, una tarde, llegó a una posada
y habiendo advertido mi pícaro juego,
envolvióme en una profunda mirada
y después, amable, sonrió don Diego.

Se atusó las guías de sus bigotazos,
sacó su paleta, la untó de pintura,
cogió los pinceles y, en cuatro brochazos,
sobre una tablilla fijó mi figura.

Mas ese retrato yo lo considero
un error de copia, del que me glorío,
pues, si en el retrato salió un caballero,
será un gran retrato, pero no es el mío.

EL VIEJO HIDALGO
DE LA ESPOSA INFIEL

Tuvo un solar en tierra de Sedano,
una casa infanzona en la de Olmedo,
en Campos un castillo y en Toledo
un noble beneficio toledano.

Como buen caballero castellano,
jamás sintió vacilación ni miedo,
y de su aristocracia y su denuedo,
respondió siempre su robusta mano.

Luchó en Italia y se encontró en Pavia,
batióse en Flandes y se halló en Amberes...
¡Nada hay en él que en su favor no arguya!

Lució nobleza, honor y valentía,
y le adoraron todas las mujeres,
exceptuando, claro está, la suya...

AMOR DE PÍCARO

Desde mi tierra de Castilla,
hecha girones la ropilla,
desportillada la escudilla
y sin acero ni doblón,
vine rodando a la ventura,
de travesura en travesura,
hurtando el cuerpo a toda gura
y a toda moza el corazón.

—

En las posadas del camino,
aderecé mi calepino
con sendos tragos de buen vino
y buenas magras y buen pan;
y, consumado bolichero,
pude advertir cómo el dinero,
más que cobrarlo el posadero
lo recaudaba el charlatán.

De relatar mis malandanzas,
conseguí pródigas fianzas,
y mis trasiegos y pitanzas
alguien curó de proveer.
Que donde hay hombre bien hablado,
no faltará, si le ha escuchado,
una doncella que a su agrado
ponga sus manos de mujer.

¡Y era de ver cuán plancenteras
iban siguiendo las venteras
las picardías galloferas
de mi taimada narración!
¡Y era de oír mi parlatorio
y de meterse en el holgorio
que promovía el auditorio
en la cocina del mesón!

Yo incorporaba a mi relato
todo gentil prevaricato
de que un concurso timorato
pudiérase sobresaltar,
y a mis graciosos devaneos,
y a mis gentiles galanteos,
se despertaban los deseos
entre las mozas del lugar.

Y siendo yo quien encendía
su candorosa fantasía
con la falaz truhanería
de mi relato seductor,
era también su consejero
embrollador y marrullero
en el bigardo y trapacero
juego de prendas de amor.

En este juego peligroso
floreé siempre victorioso,
sin que jamás prenda de esposo
se me pudiera descubrir.
¡Que es mi progenie harto bellaca
para prestarse a la sonsaca
y mal le sienta la casaca
a mi paupérrimo vestir!

Así fui un día y otro día
con mi locuaz bachillería,
mi condición manivacia
y mi travieso buscapié,
de ventorrillo en ventorrillo,
siendo entre todos el más pillo,
hecha excepción de Cortadillo,
mi antecesor, que en gloria esté.

Y no hubo moza ventanera,
ni maritornes posadera,
ni fregaplatos zancajera
que me negara su favor,
cuando, al pagar el hospedaje,
le regalaba, como gaje,
con ese pícaro lenguaje,
tan delicioso, del amor.

Propio es de todos los hampones
ir conquistando corazones
por los pacíficos mesones
donde hace un alto su vagar;
propio también de Maritontas
dar al amor escasas montas
y siempre estar con ellos prontas
para dejarse enamorar...

En estos lances y estos juegos
estriban todos los apegos
de los bribones andariegos
a su andariega condición.
Juegos de vil trapacería
donde la Madre Picardía
va destruyendo cada día
la fe de un nuevo corazón.

Mas ¿quién en tal las mientes para,
ni quién se duele y acibara
porque el amor halle algazara
en el sufrir de una mujer?
¡Prosiga el juego en la cuadrilla
y arda la leña a maravilla
en el fogón! ¡Ancha es Castilla
y queda mucho que correr!

EL PESO DE LOS HÁBITOS

Porque en mi casa mayorazgo había
y nací segundón, que no primero,
húbeme de parar en racionero
y aforrar mi ración con mi hidalguía.

Hurto fué a mi virtud la mayoría,
pues si he de ser, por mi virtud, sincero,
tengo que odiar mi oficio de sopero
por servirme la sopa en sacristía.

Cada vez que un soldado me relata
sus proezas, o, pícara en amores
su mentirosa lengua se desata,

siento en mi carazón tales ardores,
que al ir a coro y ver la colegiata,
reniego de mis órdenes mayores.

DE LOS TERCIOS DE FLANDES

Harto de mis ocios y de mi vagancia,
de atisbar zaguanes y rondar mesones,
de ir de calle en calle con la petulancia
de los matachines y los fanfarrones;

sabiendo que en Flandes pagan cien ducados
a todo soldado para que se equipe,
pienso yo ir a Flandes entre los soldados
que encamina a Flandes el Rey don Felipe.

Una buena moza que sabe mi intento,
diceme llorando que a Flandes no vaya,
pues amor que en guerras ha entretenimiento,
amor es que cede, se olvida y desmaya...

Y yo que en el suyo cifré mi alegría,
de ver que la moza me mira y solloza
y echa mis proyectos a bellaquería,
confuso y perplejo contemplo a la moza.

Fuera de mi gusto ceñirme la espada,
vestirme el colete, calzarme la espuela
y envolverme en una capa colorada
de gentil hechura y espaciosa tela.

Ir de pueblo en pueblo sin rumbo ni tino,
buscar en las ventas la fámula boba,
comer de su plato, beber de su vino,
fisgarla los bolsos, rondarle la alcoba...

Después de un combate, pasar la velada
floreando los naipes en una partida
donde me jugase toda la soldada,
la pica, el mosquete, la capa, la vida...

Dejar a mi paso muchos corazones
rendidos y muchos doblones gastados,
y hacerme la cuenta de que los doblones
y los corazones los jugué a los dados...

Y cuando la guerra me fuese aburriendo,
sacar mi licencia, dejar la campaña,
y al hombro el hatillo, cantando y riendo,
de aldea en aldea regresar a España.

Buscar a mi moza y hallarla esperando;
ver que se alegraba de ver mi regreso,
terciarme la capa, pasar galleando,
hacerla un saludo y arrojarla un beso...

UN ENCUENTRO

Cae la tarde silenciosa
sobre la vieja Alcalá...

Llueve. La lluvia repica
con monótono compás
en las tristes y enlosadas
callejas de la ciudad...

Una tuna de sopistas
por la de Libreros va
enderezando sus pasos
hacia la Universidad.

Un festero y cuatro seises
vienen de la Colegial,
el bonete hasta las cejas
y el cuello entre el balandrán.
De un novicio agonizante
se advierte el pardo sayal
y de dos monjas descalzas
la temerosa humildad...

A la luz que, mortecina,
delante de un Cristo está
alumbrando débilmente
la noble y rugosa faz,
crúzanse el jubón de raso
de una dama principal,
los gregüescos de un golilla,
la capa de un capitán,
el manteo de un becario
y el ropón de un menestral...

Bajo los angostos porches,
lentamente y al azar,
como si quehacer no tiene
e ignora hacia dónde va,
un hidalgo patituerto
pasea su ociosidad
y en toda tienda de libros
detiénese a escudriñar
sin que nada en su escudriño
le satisfaga jamás...

Un viejo manco se cruza
con él en el soportal.
Ambos se observan suspensos
con mútua curiosidad.
El patituerto le mira
bajo el sereno cristal
de sus anteojos de concha
y no se resuelve a hablar.
El manco de arriba abajo
le mira también tenaz
y tampoco se resuelve,
como el otro, a saludar...
Y cuando, tras las miradas,
se ven separados ya,
así entrambos se preguntan,
sorprendidos por igual:
— ¿Será don Francisco acaso?
— ¿Será don Miguel quizá...?

Y así por Libreros siguen
pensativo cada cual,
mientras seises y golilla,
la dama y el capitán,
el festero y el novicio,
el fraile y el menestral
vânse diciendo al mirarlos,
con respetuoso afán:
— Por allí pasa Quevedo...
— Por allí Cervantes va...

VENGANZA

Volví yo de Flandes con mi mosquetería,
cubierto de laureles como de arcabuzazos,
creyendo que a mi vuelta me reconocería
la amistad — rosa núbil — de tus divinos brazos...

Me equivoqué... Mi lucha fué estéril. El olvido
había ido horadando poco a poco la roca.
Otro amor despertaba la inquietud de tu oído
y otros besos libaban en la miel de tu boca...

¡No te rías! Pondera la razón de tus frases
cuando evoques el hondo mal de que me querello
y recuerdes las turbias lágrimas con que lloro.

¡Porque si así no fuera, yo haría que callases
hincando en los jazmines de tu nevado cuello
los veintiocho eslabones de mi Toisón de Oro!

PLEITESÍA

Sin abrirme plazos ni curarme treguas,
y atento a que es suya la voz que me llama,
llevo recorridas incontables leguas
por tener la dicha de ver a mi dama.

Ella fué la guía de mis aventuras
y la salvaguardia de mis escondrijos,
escanció en el cáliz de mis amarguras
y bebió en la copa de mis regocijos.

Ella, la que puso mis bellaquerías
en trueque de gloria y a prueba de honores,
a pesar de todas las relatorias
y del voto en contra de sus relatores...

Ella, la que en todos los caminos reales
dispuso mesones a mi regodeo,
y recomendando todos los umbrales,
mozas adecuadas para el galanteo...

Ella, la que el bolso me llenó de escudos
y el brazo de insignias y el pecho de cruces,
como recompensa de cuantos saludos
me hicieron las balas de los arcabuces.

Ella, la que apoya todo lo que quiero,
y en todo me sigue, y a todo me accede,
lo mismo si gusto de oír a Lutero
que si me declaro por la Santa Sede.

Ella, la que un día me ciñó la espada,
me caló el chambergo, me apretó la gola,
y puso en mi escudo la flordelisada
cruz que era francesa e hice yo española.

Ella, en fin, quien abre todos mis senderos,
desde el de los triunfos hasta el de la muerte...
Como la de todos los aventureros,
es muy conocida: se llama la Suerte.

ZOCODOVER

Zocodover toledano,
sacamolero y tramposo,
lugar el más cortesano
y el menos ceremonioso.

Asiento de todo pillo
y de todo cambalache,
credencial de Cortadillo
y de Guzmán de Alfarache.

Banco de pego y farfulla,
guarida y encrucijada,
hecho, de día, a la bulla,
y de noche, a la emboscada.

Nido, figón y bodega
de cuatrerros y matones,
plaza de mucha talega
y poquísimos doblones.

Alacena y gabinete,
agujero y alforjilla
donde guarda Rinconete
el caudal de su cuadrilla.

Escondrijo malhadado
sin más luz ni otro horizonte
que las vigas del tablado
de Ginés de Pasamonte.

Cátedra de triquiñuelas
y ateneo de ruindades,
dechado de contraescuelas
y contrauniversidades.

Solar, foro y mentidero,
mercado, bolsa y palacio
que cruza el noble, ligero,
y anda el pícaro despacio.

Desorden de hospederías
y orden de chiribitiles,
con todas las fiscalías
de jueces y de alguaciles.

Inclusa, fonda y convento,
oratorio y ventorrillo,
que acredita más talento
al que prueba ser más pillo.

Saco, escarcela y tesoro
para el rico y para el pobre;
orza que sueña con oro
y se alimenta de cobre.

Escudilla, jarra y plato
de sopistas y sabuesos,
que siguen con el olfato
la cédula de los huesos.

Guardajoyas exclusivo
de la ibérica polilla,
pinacoteca y archivo
de donaire de Castilla.

Aula, ateneo y parnaso,
tribunal, curia y bufete,
estudio de Garcilaso
y taller de Berruguete.

Sala donde los tunantes
y malsines de Toledo
recibieron a Cervantes
y obsequiaron a Quevedo.

Barrio de gente andariega,
dulceros y batihojas,
noble casa solariega
de don Francisco de Rojas...

Yo te admiro y te venero,
Zocodover toledano,
horca, pendón y caldero
del escudo castellano.

EL BUFÓN DEL REY FELIPE

Vestido de negro—cosa nunca vista—,
cabizbajo y mústio—cosa insospechada—,
callada su boca de epigramatista,
y como su boca, su aviesa mirada;

revuelto el pelambre bajo el sombrerete
y hundidas las barbas en el ferreruelo,
la mano en el cinto, junto al pistolete,
el pecho encorbado, los ojos al suelo,

don Juan Calabazas por el Buen Retiro
pasea, buscando la fronda sombría
donde nadie escuche su amargo suspiro
ni nadie descubra su melancolía.

En su actual portante nada hay que recuerde
su pasado gesto, su antiguas trazas...

¿Dónde habrá dejado su capote verde?

¿Qué puede haber hecho de sus calabazas?

¿Quién le ha autorizado para que se equipe
con ropas tan negras y tan singulares?

¿Vino la licencia del rey don Felipe

o del señor conde-duque de Olivares?

¿Por qué a toda charla se opone, furioso,
y a todo festejo se muestra reacio?

¿Por qué va de luto? ¿Por qué está lloroso?

¿Por qué ya no quiere vivir en Palacio?

¿Es que otros bufones hacen bufonadas
más interesantes, graciosas, discretas
que las que él hacía con sus carcajadas
y sus pantomimas y sus corcovetas?

¿Es que le pusieron tal vez cortapisas
y le despreciaron los otros bufones?

¿Es que ya sus farsas no despiertan risas,
sino displicentes conmisericordias?

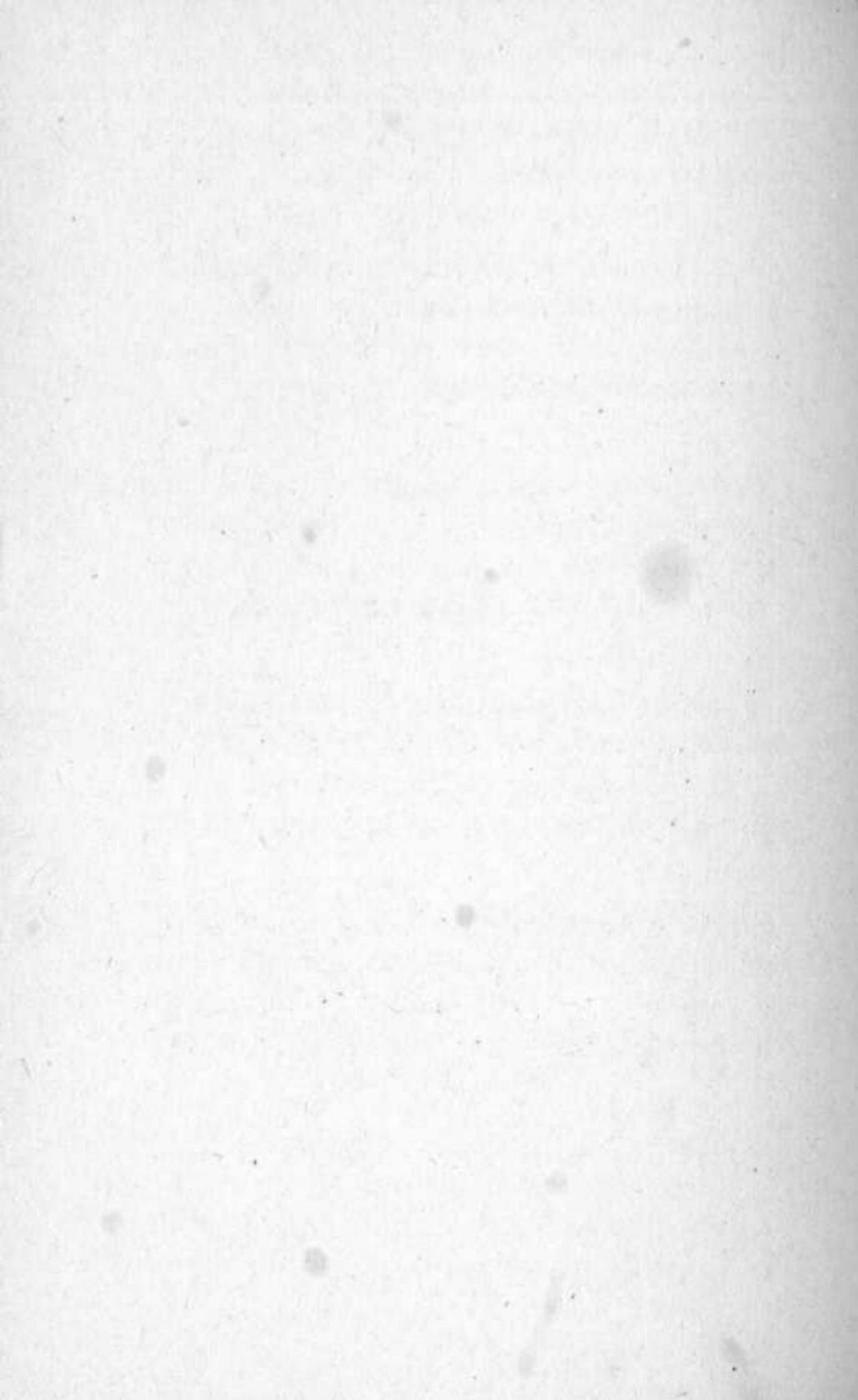
¿Es que tras el humo de las candilejas
o entre el escondite de las cortinillas,
resultan ya sosas, y burdas, y viejas
todas las comedias de Calabacillas?

No; la causa es otra. Son más aflictivos
los antecedentes de aquellas sus trazas...
¡Si sólo eso fuera...! Por tales motivos
nunca lloraría don Juan Calabazas.

Nada hay en Palacio que a don Juan le importe;
ni elogios, ni bromas, ni pullas, ni abrazos...
¡Allá don Felipe con toda su corte
y allá el conde-duque con sus bigotazos!

El bufón no llora porque otros meninos
desprecien los versos de sus epigramas;
que él es el primero de los palatinos
y el niño mimado de todas las damas.

¡Llora porque anoche murió el gran artista
don Diego Velázquez, pintor palaciego,
y hoy el rey Felipe se fué de conquista
y nadie en Palacio llora por don Diego!



UN VIEJO HOMBRE DE CASTILLA

Tras el ocioso apartamiento
en que un gentil licenciamiento
hundió mi lanza y mi ardimiento
cuando mayor era mi fé,
de nuevo advierte mi pujanza
que no concuerda tal holganza
con la romántica esperanza
que en otro tiempo acaricié.

Y de este afán mi pecho herido,
avergonzado y encendido,
gallardamente he decidido
abandonar mi soledad
e ir otra vez a la porfía
con la arrogante bizarria
de que mi frente se vestía
en mi lejana mocedad.

Deshilachada está mi cota,
y en la tundida borgoñota
ya no se encumbra y alborota
la blanca pluma de mi airón,
pero en mi pecho, y a su antojo,
lleno de júbilo y de arrojó,
como un penacho ardiente y rojo,
salta mi noble corazón.

Este me dice que aún es hora
de levantarse con la aurora,
coger la lanza vengadora,
montar el flácido corcel
y aventurarse por el llano
hacia el confín turbio y lejano,
igual que Alonso de Quijano
por los caminos de Montiel.

Para avanzar me sobra aliento;
para caer, confortamiento;
para subir, atrevimiento,
y fé y valor para luchar;
¡que aunque mi brazo ya flaquea
y mi rocín tarda y cojea,
aún me enardece y espolea
mi ardiente sangre de juglar!

¡Que es el descanso mi castigo
y la pereza mi enemigo,
y aún me revuelvo y atosigo
al agrio toque del clarín!
¡Que aún en la arena suda y se hincha,
rompe, al saltar, la dura cincha
y con furor piafa y relincha
mi flaco y hético rocín!

En tierra mística y paniega
tengo mi casa solariega,
mi sembradura, mi talega
y mi lebrel y mi blasón...
Es tierra torva y amarilla,
de un tono rústico de arcilla,
como las capas de Castilla
y las zamarras de León.

Allí nacieron mis mayores
— nobles y altísimos señores,
apicarados trovadores
y una azafata y un marqués,
un hugonote ginebrino,
un pertiguero salmantino,
un maestrante granadino
y un purpurado burgalés — .

De allí brotó caballerosa
la caravana bulliciosa
que fué a las Navas de Tolosa
llena de bélica ansiedad,
con sus lujosos paramentos,
y sus terribles ardimientos,
y sus pendones a los vientos
y su viril feudalidad.

De allí también, capciosamente,
brotó fullera y mala gente,
que fué anunciando delincuente
su empecatada condición...
¡Y acaso alguno, ruín y falso,
racimo de horca, en horca salso,
haya erigido su cadalso
sobre un cuartel de mi blasón...!

De todos esos personajes
llevo en mi haber los corretajes,
en mi vagar los equipajes
y en mi existencia el ideal...
¡Que soy poeta y caballero,
malversador y aventurero,
y descreído y cofradero
y poderoso y menestral!

Mas por encima de la hijuela
que mi celosa parentela
ha transmitido a mi escarcela
como legado y condición,
están mi fé, mis arrogancias,
la autoridad de mis jactancias
y todas, todas las fragancias
de que es capaz mi corazón.

El me asesora y él me guía,
y en su gentil asesoría
está la noble jerarquía
de mi romántico nivel...
Por él no tiemblo, si combato;
por él no dudo, si apostato,
y si me matan o si mato,
no es culpa mía sino de él.

De él, que como una rosa ardiente,
hace que el pecho se ensangrienta
en una tórrida y luciente
llama de lírico fervor...
De él, que me abrasa los sentidos
y que a compás de sus latidos
puebla el desierto de mis nidos
con las alondras del amor.

Por él mi luz se magnifica,
por él mi fe se purifica,
por él mi pluma versifica
su sollozar o su reír...
Por él mi labio canta o gime,
por él mi culpa se redime
y mi alma goza ante el sublime
paralogismo de vivir.

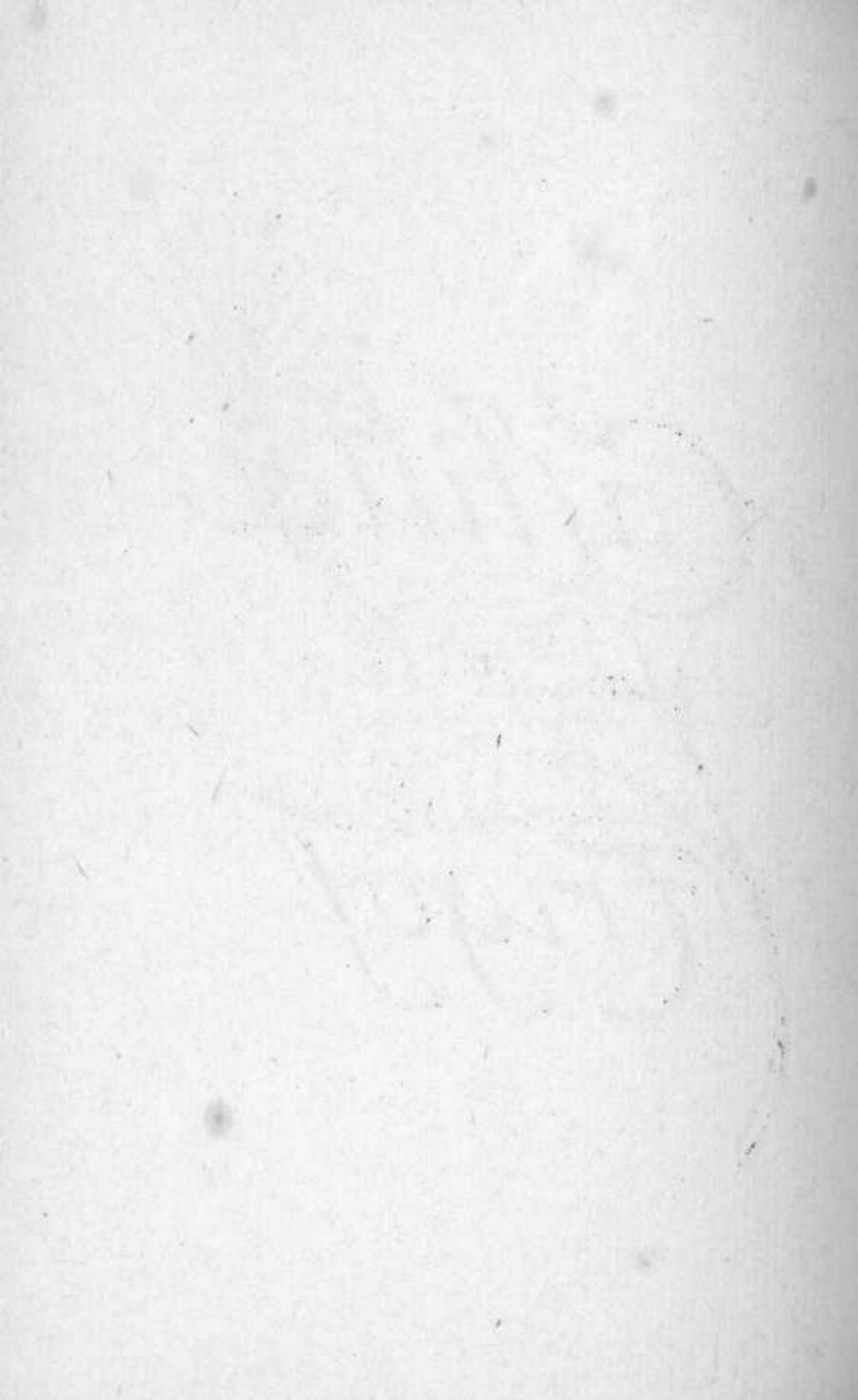
Si es bueno o malo, yo lo ignoro;
si en su virtud guarda un tesoro,
si brilla acaso como el oro
la falsedad de su oropel,
ni me avergüenzo ni acobardo;
sé que es el mío, que es gallardo
y que las ansias que en él guardo
son los perfumes que hay en él.

Voy, pues, de nuevo a la contienda
llevando en alto mi leyenda
y por divisa y como ofrenda
mi castellana condición,
y en mi jubón deshilachado,
como blasón flordelisado,
un rojo lirio ensangrentado
sobre el lugar del corazón.



TERCERA ESTANCIA





INVIERNO

Todo se nos muestra de un mismo color:
color de agonía, color de miseria, color de dolor.

Tierras, casas y hombres se hunden en los par-
remiendos astrosos de iguales tabardos, [dos
y por la llanura pelada y cobreña
extiende el invierno la fría estameña
de los meses largos y atormentadores,
de los días cortos sin luz y sin flores.

Dentro de la casa hay un cavernoso
mosconeo triste, de gente en reposo
que pasa las horas al pie de la lumbre
charlando, con dejos de gran pesadumbre,
ya de sementeras y recolecciones,
o bien de tributos y contribuciones.

Ruedan en silencio las horas pausadas;
se posa la noche sobre las llanadas,
y las carreteras largas y prolijas,
corren por los campos como sabandijas.

La vida aldeana se hunde en el misterio
amargo e insaciable de su cautiverio,
sin gritos, sin quejas, sin lamentaciones,
como se hunde el hierro de los azadones
en la dura costra del terruño helado,
prometido siempre y jamás logrado,
amante engañoso de risueña boca
y pecho de nieve y entrañas de roca,
que todos los años engaña y humilla
a su triste novia, la vieja Castilla.

¡Pobres campesinos, de cuyos hogares,
si suben plegarias, no suben cantares;
que nunca en las cumbres su planta posaron,
ni de estrella alguna su ilusión colgaron;
que nacen y mueren en un mismo lecho,
que es el mismo surco del mismo barbecho!

¡Pobres aldeanas, en cuyos amores
todas sus espinas clavaron las flores;
pájaros que ignoran lo que son gorjeos,
ángeles con alas y sin aleteos,
espigas de carne, raíces de hembra,
que nacen y mueren donde se las siembra!

¡Invierno de Castilla! ¡Pavoroso invierno,
que es como la sangre de un ocaso eterno,
que todo lo tiñe de un mismo color:
color de agonía, color de miseria, color de dolor!



LA NOVIA CASTELLANA

A las llanuras de Castilla
vengo buscando esposa;
quiero que sea tan sencilla
y liberal como hacendosa.

Quiero que tenga por amigos
al humilde y al pobre,
y que de sus dorados trigos
les dé algo más de lo que sobre.

Que cuando alguno se aproxime,
limosneando, a su casa,
uvas le dé, si uvas exprime,
y le dé pan, si pan amasa.

Quiero que sepa la doctrina
y lleve escapulario,
y que de noche, en la cocina,
tras de cenar, rece el rosario.

Que el señor cura de la aldea
la ponga como ejemplo,
si alguna tarde sermonea
a su parroquia desde el templo.

Quiero que mire sus sembrados
de modo que la obliguen
a sonreír, si están granados,
y a no llorar, cuando no espiguen.

Que siempre mire su cosecha
como algo que da el cielo,
más que a la mano que barbecha
a la materna fe del suelo.

Quiero que toda la comarca
envidie mi ventura
cuando el amor saque del arca
la ropa — afán, ahorro y blancura — .

Que lleve un traje muy sencillo,
el traje castellano,
que huelga a espliego y a tomillo
y a madreselva y a manzano.

Quiero que sean sus cariños
puros y maternos,
y del candor de nuestros niños
me dé las risas musicales.

Que vea en ellos un tesoro
para nuestras pobrezas,
cuando se vistan con el oro
del sol de estío sus cabezas.

Quiero que nunca esté llorosa
y siempre esté tranquila;
que sea limpia como rosa,
y placentera como esquila.

Que ardan sus ojos en amores
y no en torpes anhelos,
y encienda todos sus fulgores
en los fulgores de los cielos...

VÍSPERA DE FIESTA

Sol de irisaciones tibias y bermejas;
cielo de uniformes azules pascuales;
pegadas al atrio, cosen unas viejas,
y van unos hombres por los soportales.

Del albo molino torna el molinero
tras de la molienda, que fué escasa y breve,
y trae tanta harina sobre su sombrero
que, de haber nevado, se creyera nieve.

Óyense a lo lejos las zumbas de un hato
que en la barbechada paca y forrajea,
y por la calleja cruza un carromato
tan desvencijado, que se tambalea.

Dos hombres del campo, cenceños y rudos,
detienen a un jaco que libre galopa,
y después de atarlo, se van cachazudos
y desatendidos, a echar una copa.

El señor alcalde sale del estanco,
de ver si trajeron ya la picadura,
y en la rectoría párase un potranco,
y de la grupera baja un señor cura.

Es de otra parroquia tres leguas distante
y el sermón de votos ha de echar en ésta
con grandiloquencia superabundante,
como por decoro requiere la fiesta.

Acuden, al verle llegar, el maestro
y varios rapaces. Un perro le ladra.
Al potranco un chico le toma del diestro
y oficiosamente, lo lleva a la cuadra.

Avisan al párroco, que está en el casino
jugando al julepe, y enseguida llega...
— ¡*Benedictus!*, dice, como buen latino,
y tiende los brazos hacia su colega.

Después entran ambos en la rectoría.
Las gentes les sirven de acompañamiento.
Sale el sacrista de la sacristía
y los concejales del Ayuntamiento.

Y hay una algarada radiante y honesta
en los corazones de las aldeanas,
y en la tarde roja, víspera de fiesta,
hay un alborozo triunfal de campanas.



PAISAJE

Campo de pan llevar abierto y raso
y de espumoso albillo de garrote,
como los que cruzara Don Quijote
y los que enalteciera Garcilaso.

Monte de leña arder, en leña escaso;
pueblo desolador, de misa y pote;
viejos de grave andar y ancho capote;
viejas de mal gruñir y lento paso.

Mozos ennegrecidos en la era;
mozas encánecidas en el huerto;
un pastor, un zagal, una chiquilla...

Los trigos tienen un color de cera.
Los pueblos tienen un olor a muerto...
¡Y aquí he nacido yo! ¡Y esta es Castilla!

AGUAFUERTE

Tarde santiagueña. Sol de retostero.
Cantan las cigarras entre los matojos.
Encienden los campos su hornillo pajero.
Se quemán los trigos. Arden los rastrojos.

Se hunden las arañas en sus escondrijos;
un burro las moscas sacúdense a coces,
y al igual que sapos se hinchan los botijos,
y como serpientes se enroscan las hoces.

Duermen los motriles al pie de la choza,
un tábano zumba picando a un becerro,
ronca en la gavilla, tumbada, una moza
y gruñe en la cuadra sordamente un perro.

Un reloj lejano da tres campanadas,
suenan en la choza tres aldabonazos,
y todas las gentes que están acostadas
se frotan los ojos y estiran los brazos.

Un fraile barbudo, de cara amarilla,
pide agua a una moza que la bebe a morro,
y las negras manos de la agosterilla
concienzudamente limpian el pitorro.

Bebe el cenobita, las gracias masculla,
da las buenas tardes a la rapazuela,
y hundiendo sus barbas entre la cogulla,
prosigue sus pasos hacia Compostela.



ELEGÍA DEL AMANECER

En el cristal de la mañana
tiembla el primer rayo de sol
como una roja flecha hundida
en un naciente corazón.

La luz, cayendo sobre el valle,
tiene el tristísimo compás
de un corazón que, gota a gota,
toda su sangre dando va.

Vuelan los pájaros al cielo
con el alado frenesí
de un corazón que deja libres
sus infortunios al morir...

Doblan a misa las campanas,
y hay en su místico clamor
ese piadoso llamamiento
que hace la muerte al corazón.

Cruza la vega una aldeana
llena de sombra y de adustez,
y el corazón recuerda el rastro
que en él dejara una mujer.

Se abre el capullo de una rosa
al rojo beso de la luz,
y el corazón se abre al silencio,
que es, como el cielo, siempre azul.

De lo escondido de una fuente
brotan la aguas en raudal
para advertirnos de qué modo
el corazón ha de llorar...

¡Amanecer! Pájaro, rosa,
mujer, campana, fuente y sol...
¿Por qué venís con tal misterio
a hablarme siempre al corazón?...

COCINA EN UN PUEBLO BURGALÉS

Los sarmientos crepitan en el hornacho;
una olla a borbotones cuece y resuda;
al amor de la lumbre ronca un muchacho,
y un viejo carraspea y otro estornuda.

Una moza de hueco refajo grana
va de un lado a otro lado, recia y pujante,
con porte y gentileza de cortesana,
dentro de aquella especie de guardainfante.

Entran en la cocina dos zagalones.
«Santas y buenas» — dicen, según costumbre —
Descuelgan de sus hombros los azadones,
y después se acurrucan junto a la lumbre.

Vienen los dos calados hasta los huesos...
¡Vaya una chaparrada de primavera!
¡Cómo caía el agua desde los tesos
y cómo la sorbía la barbechera...!

Saca un zagal su bolso de picadura
y brinda a los presentes con un cigarro,
mientras su compañero de mojadura
«Anda, María — dice —, danos un jarro.»

Sirve la moza el vino. Beben por turno,
y a medida que beben, se difumina
aquel aire tan denso, tan taciturno,
que antes se dilataba por la cocina.

ORTO EN VERANO

Alborada motrilerá.
Serenidad y dulzura.
Canta el mirlo en la ladera
y el jilguero en la espesura.

Pasa una yunta arrastrando
su pértiga perezosa,
y un gañán la va acuciando:
— ¡Coronela! ¡Generosa!

Por la vega, los novillos
saltan en recios amurcos
y alzan su chirriar los grillos
desde el fondo de los surcos.

Sale el sol — púrpura y oro —
y la tierra se alborozaba
en un alegre y sonoro
retozar de gente moza.

Suenan graves y pausadas
las campanas matinales,
y todas las campanadas
tiemblan como madrigales.

La mañana abre su rosa
de carmín, de oro y de cera,
y se escucha una armoniosa
alborada motrillera.

MESÓN EN LA PROVINCIA

: : : DE VALLADOLID : : :

Está situado al pie del camino real
y en lo más triste y yermo del páramo feudal.

Tiene una portalada donde los arrieros
escancian de los odres y vuelcan los pucheros;
un zaguán alfombrado con hierbas y con pajas,
en el que se alinean, orondas, las tinajas,
y una cocina llena de relucientes lozas,
donde duermen las viejas y hacen media las mozas.

Es un viernes. Mañana hay mercado en Olmedo.
¡Bien se dieron los granos y bien pintó el viñedo...!
¡Gracias a Dios que el cielo no quiso ser hogaño
con los pobres labriegos pesaroso y huraño...!
Acudirá, pues, gente de las mejores villas
— Rioseco, Simancas, Peñafiel, Tordesillas — ;
habrá venta de trigos y compra de simientes
sin préstamos ruinosos ni usuras exigentes,
y el que más y el que menos podrá comer pan tierno,
y preparar su otoño y asegurar su invierno...

Cruzan por el camino robustos carromatos
procedentes de todos los pueblos inmediatos,
en un lento desfile nómada y peregrino,
que ilumina la triste soledad del camino,
y hay un fragante y mozo lirismo de canciones
y un eglógico y dulce sonar de collerones...

Detiéndose, cansino, ante el mesón un carro.
Alegre al mesonero pide el gañán un jarro.
El mesonero, alegre, lo trae, y trae cebada
a las mulas, que husmean bajo la portalada.
Beben los dos y charlan de cosas de Castilla
— del fisco, de la lluvia, del pasto, de la trilla — ,
y cuando se despiden, porque son castellanos,
se dan el corazón y no se dan las manos...

LA VIRGENCITA RUBIA

No había en todo el concejo
moza como ella ninguna.

¡Pobre zagalica hermosa,
qué suerte la suerte suya!

Era rubia como el sol,
y blanca como la luna;
tenía el cielo en los ojos,
y en los labios la frescura

de las escondidas fuentes
que bajo el bosque susurran.

Eran sus mejillas tersas
como manzanas maduras,
y eran sus pies menuditos
como dos copos de espuma.

Al ánfora de su cuello
ibanse a posar, desnudas,
las palomas de sus hombros,
muy blancas, con la blancura
de las nieves abrileñas,
que de tan blancas, deslumbran...

Una tarde, allá por mayo,
murió la zagala rubia,
de ver que un zagal rondaba
calles que no eran la suya.

La enterraron en el monte,
y sobre su sepultura
sólo cayó una azucena,
que ya habrá quedado mustia...

¡Pobre zagalica hermosa,
qué suerte la suerte suya!
¡Era más rubia que el sol,
y más blanca que la luna!

PUESTA DE SOL

En el cielo, el chispazo de una estrella fulgura;
en el monte, la llama del crepúsculo arde,
y sobre el ancho lomo de la parda llanura
va plegando sus alas de silencio la tarde.

Por la vega, hacia el pueblo, se encamina un rebaño;
guíanle los pastores y le acucian los perros,
y en las hondas cañadas del otero lindaño
retumba el tembloroso clamor de los cencerros.

Una fuente su chorro cristalino deslíe
sobre la cantarilla que sostiene una moza,
y la moza, entre tanto, satisfecha, sonríe,
y entre tanto, la fuente, romántica, solloza.

A lo lejos, cantando, corren unas pastoras,
y son frescas, y limpias y apacibles sus voces;
a lo cerca, en silencio, pasan las segadoras,
las gavillas al hombro y en las manos las hoces.

Un carromato baja del cerro. Está la mula
cansada, y al cruzar por los baches resopla,
y, tendido en las varas, el mozo la estimula
con gritos cariñosos, mientras rima una copla.

Alzan de los sembrados su canción los cuculillos,
gorjean en los aires las alondras incautas,
en los rastrojos luden sus élitros los grillos
y los sapos remotos tañen sus huecas flautas.

Y cuando ya la noche ha unido tierra y cielo,
la luna por encima de los montes asoma,
y como es blanca, blanca, al remontar el vuelo,
cruzando las tinieblas, parece una paloma...

EL REBAÑO NEGRO

Hacia sus rediles,
por la áspera senda,
cruza el perezoso
rebaño de ovejas.

Es blanca la tarde,
como si sobre ella
la luz de los cielos,
velada y serena,

fuese poco a poco
quedándose muerta,
y es negro el rebaño,
muy negro, con esa
negrura infinita
de la mancha negra
caída en el recio
vellón de una oveja.

Mirando las suyas,
y andando tras ellas,
el hosco y anciano
pastor se lamenta
de que su querido
rebaño no sea
como las escarchas
que la noche deja
temblando de frío
sobre la pradera,
y como la leche
de sus ovejuelas,
y como las canas
que orlan su cabeza...

— ¡Apriesa, corderos!
¡Andad más apriesa,
que aún falta güen rato
de aquí hasta la aldea...!

¡Rediez, qué nevada!
Si no estoy alerta,
pa mí que me quedo
sin dar con la senda...
¡Miá, miá qué majicas
están las ovejas!
¡Me paicen más blancas
que la nieve mesma!
¡Cualquiera diría
que todas son negras...!
¡Apriesa, que es tardel
¡Que nieva, que nieva...!

La noche ha espesado
sus hondas tinieblas
sobre la pelada
llanura desierta,
y sigue la nieve
cayendo serena
y haciendo los copos
un ruido de seda
tan tenue, tan suave,
que nadie dijera
si bajan del cielo,
si flotan, si vuelan,
si lloran, si ríen,
si cantan, si sueñan..

Y cuando del alba
las luces primeras
como castos besos
caen sobre la tierra,
al hosco y anciano
pastorcito encuentran
llorando, llorando
junto a sus ovejas...
¡Todas están blancas,
pero todas muertas!
La mañana es triste.
Nieva... Nieva.... Nieva...

VERANO

Tarde agosteña. Bajo la pesadumbre del bologneses y las cosas adurmiéndose van... [chorno, Es esta tarde ígnea como un inmenso horno donde se tuesta el campo como un inmenso pan.

Todo está ardiendo. Todo tiene un color rojizo de trébede, de hoguera, de ara y de crisol. El pecho de Castilla, descarnado y calizo, para apagar su sed, bebe rayos de sol.

¡Piedras de los castillos, adobes de las casas,
mármoles de los templos, cera de los trigales,
oro de la leyenda y de la tradición,

sacrosantos escombros convertidos en brasas
para los incensarios que en nuestras catedrales
ofrendan el incienso de nuestro corazón!

EGLOGA

Se miraron nuestros ojos
y se unieron nuestras manos...

Era una tarde agosteña,
bajo un sol ardiente y claro.
Temblaba sobre las mieses
un palpitar de cansancio;
se escondía triste el agua
en la paz de los regatos,

y la luz, igual que un beso
fecundo y ensangrentado,
dormíanse en el reposo
dulcísimo de los campos.

Ibamos hacia la aldea
y el sol iba hacia el ocaso...

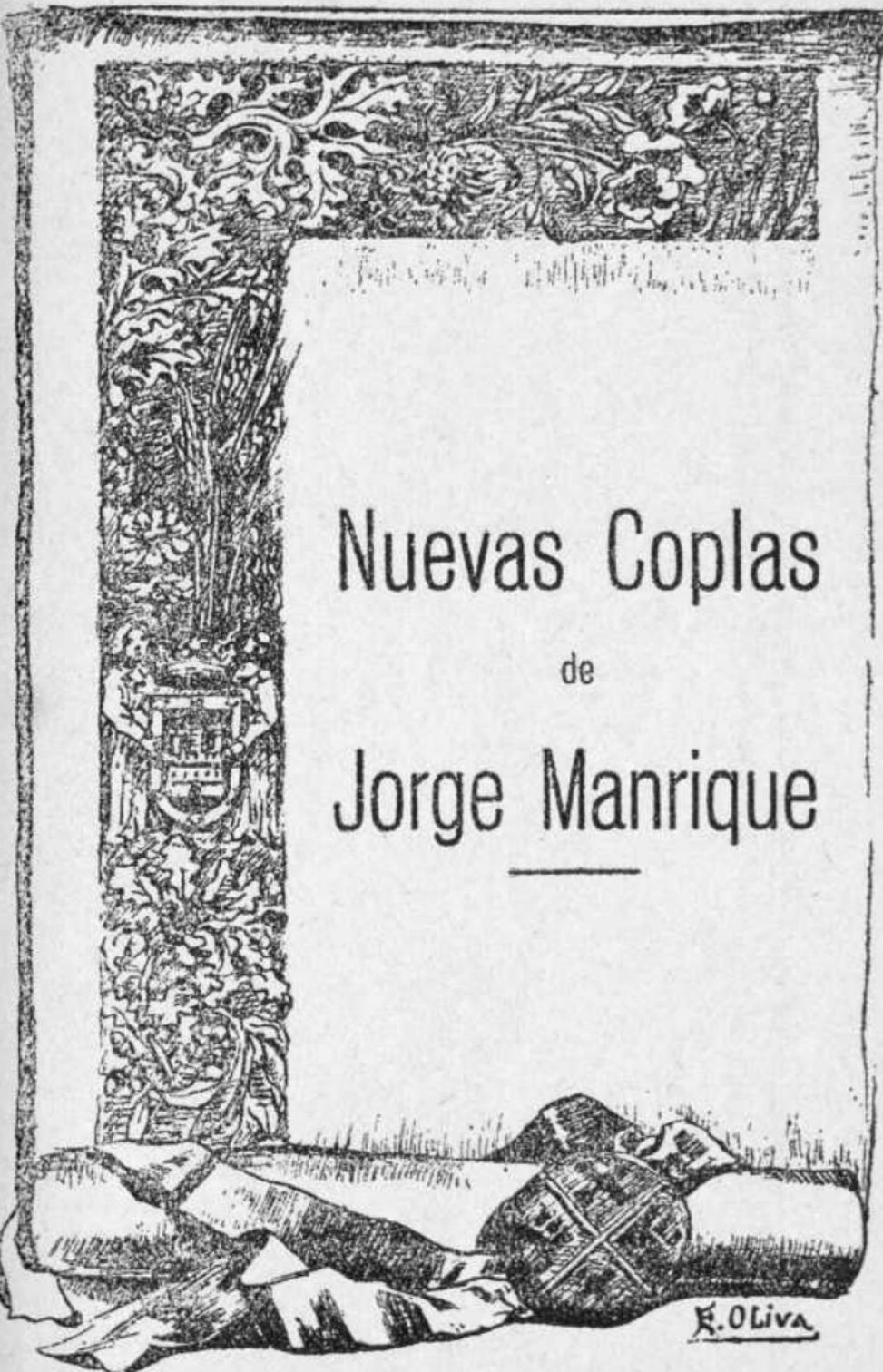
De cerca, los trilladores
canturreaban con un manso
rumor venturoso y triste,
de letanía y de salmo;
de lejos, los zagalillos
alzaban su alegre canto
suave y dulce, ingenuo y puro,
limpio y noble, humilde y franco;
y de lejos y de cerca,
iba la tarde rimando
ese madrigal augusto
y sereno de los campos,
en el que hay risas de mozas
y estrépito de muchachos,
recias coplas de galanes
y amargas trovas de ancianos,
tranquilo agitar de brisas
y loco pipiar de pájaros,
campanillas muleteras
y esquilonés de rebaños,
caramillos y zamponas,
villancicos y fandangos.

Entrábamos en la aldea
contentos y enamorados...

Se hundía el sol en el monte,
bajaba la tarde al llano
y la estrella de la tarde
se encendía en el espacio
como la primera chispa
de nuestro hogar aldeano.

Se miraban nuestros ojos
y temblaban nuestras manos...

Resonaron en la torre
las campanadas del Angelus,
y en nuestro alero dos blancas
palomitas se posaron.

A decorative border surrounds the text. The top and left sides feature intricate floral and vine patterns. The bottom of the border shows a heraldic shield with a cross and a crown, resting on a draped fabric. The right side of the border is a simple, slightly irregular line.

Nuevas Coplas
de
Jorge Manrique

E. OLIVA

Despierte el alma dormida
de esta santa y noble tierra
castellana,
y sacuda enardecida
el sopor en que se encierra
y amilana.

Clamor de trompa se advierte
y anuncia con ronco estruendo
graves daños...
¡Hora es ya de que despierte
quien ha venido durmiendo
tantos años!

¡Salga una vez más a plaza
nuestra insigne genitura
sin mancilla!

¡Brote de nuevo la raza,
de la desierta llanura
de Castilla!

¡De su glorioso pasado
sea espiritual reflejo
su presente,
y aparezca immaculado
el honor en el espejo
de su frente!

¡El sol es el mismo de antes,
el cielo no ha deslucido
sus azules,
las armas siguen brillantes,
la sangre no se ha teñido
de otros gules...!

¿A qué, pues, mostrarse triste
y no sentir el empeño
de lo fuerte,
ni qué razón nos asiste
para hundirnos en el sueño
de la muerte?

Que cuando el sueño supone
leve plazo y tregua corta
de reposo,
causa no hay que no lo abone,
pues vigoriza y conforta
provechoso.

Pero si el sueño es tan largo
como el que duerme Castilla
descuidada,
es, más que sueño, letargo
que empobrece, enerva, humilla
y anonada.

Vieja Castilla indolente,
falta de pan y de ropas
y de techo,
que vas doblando la frente
sobre las exhaustas copas
de tu pecho.

Eleva al cielo tus ojos
y en el corazón asienta
la alegría,
que no todos son rastrojos
en tu pelada y sedienta
paramía.

Saca de lo que ayer fuiste
consecuencias y lecciones
eficaces,
y compara lo que hiciste,
para ilustrar tus blasones,
con lo que haces.

Guarda fiel en la memoria
el recuerdo de tus días
legendarios,
y a tu stirpe genitoria
pide cabilosos guías
y emisarios.

Toma de tus caballeros
el ímpetu, la pujanza
y el valor,
y toma de tus aceros
el arrojo, la templanza
y el fulgor.

Al igual que tus caudillos
no muestres en el asalto
furias locas,
y al igual que tus castillos
vive siempre en lo más alto
de las rocas.

Ten, como tus claverías,
santo horror hacia el que medra
con delito,
y como tus abadías,
la dureza de la piedra
de granito.

Guarda el sillar de tus castros
para esculpir lo glorioso
de tus leyes,
y todos tus alabastros
para el fúnebre reposo
de tus reyes.

Conserva de tus archivos
los románticos anales
y cuadernos,
porque son, como tú, altivos
y como tus catedrales,
son eternos.

Ve en tu casa solariega,
no la histórica morada
refulgente,
sino la choza labriega
sencilla, pobre y honrada
de presente.

Reza como tus abades,
siente como tus troveros
y tus sabios,
y como tus merindades,
pon el alma de los fueros
en tus labios.

Lo mismo que tus espadas
y tus flechas encendidas
y veloces,
templa en el sol tus azadas
y tus horcas retorcidas
y tus hoces.

No hagas tu campo testigo
de duelos descomunales
y ominosos;
que tu pan está en su trigo
y tu miel en sus panales
generosos.

Cuida más de la escarcela
que del arnés y del peto
fanfarrones,
porque no hay mejor rodela
que un bolsillo bien repleto
de doblones.

Piensa en Dios que te hizo santa
y en tu fe que glorifica
tu odisea;
forja, siembra, rima y canta;
labra, engendra y multiplica;
lucha y crea.

El fecundo arado empuña,
y en la tierra hundiendo el rejo
soberano,
el oro moderno acuña
con el honrado oro viejo
de tu mano.

¡Que nadie se beneficie
con los copiosos sudores
que prodigas!
¡Que esta abrasada planicie
se cubra otra vez de flores
y de espigas!

¡Que del polen de tus siembras
el rosal del patriotismo
se levante!
¡Que a los pechos de tus hembras
otra vez el heroísmo
se amamante!

¡Que esta luz resplandeciente
a cuyo ardor nuestra holgura
se sustrajo,
nos ilumine la frente
con la roja calentura
del trabajo!

¡Que a la llama cegadora
que nos brinda el sol campero
como oferta,
cada noche en una aurora,
cada erial en un granero
se convierta!

¡Que en la pálida llanura
canten aguas saltarinas
y rizadas,
y estremezca las alturas
un piar de golondrinas
alocadas!

¡Que se borre del barbecho
la aridez infamatoria
que lo amustia!
¡Que el rugir del ronco pecho
sea un grito de victoria,
no de angustia!

¡Que un altar todo fervores
sobre el templo castellano
se edifique!
¡Que el amor de los amores
nuestro pecho y nuestro mano
santifique!

¡Que los cuerpos se troquelen
en idénticos afanes
y desvelos,
y los espíritus vuelen,
como airosos alcotanes,
a los cielos!

¡Que la fe nos ilumine
con la púrpura que salta
de sus lumbres,
y el trabajo nos empine
hasta la más noble y alta
de sus cumbres!

¡Y que allí sobre el granito
que jamás tuvo quebranto
ni mancilla,
nuestra mano deje escrito
el nombre mil veces santo
de Castilla!

OFRENDA

SALVE A LA MADRE CASTILLA

¡Dios te salve, Tierra dura y anhelosa como el roble!
¡Dios te salve, Tierra fértil y encendida como el trigo!
¡Dios te salve, Madre Tierra, Madre prolífica y noble!
¡Dios te salve, Tierra Santa, y el amor sea contigo!

¡Dios te salve!, le pedimos con todos nuestros fervores.
¡Dios te salve!, suspiramos con todos nuestros afanes.
¡Dios te salve, y en tus surcos místicos y genitores
el milagro de su gracia multiplique nuestros panes!

Dios te salve, arca gloriosa de los fueros y las leyes,
cáliz en la eucaristía de mártires y de ascetas,
vestal de todos los templos, reina de todos los reyes,
fé de todos los cruzados y de todos los poetas...

Miel que liban las abejas inmortales de lo eterno,
sol que alumbrá los abismos enlutados de lo impío,
hostia de nieve en las noches silenciosas del invierno,
patena de oro en las tardes abrasadas del estío.

Aguila real que en paloma dulcísima se convierte,
golondrina que del trono cuelga el barro donde anida,
halcón que con Isabel llora la vida en la muerte,
tórtola que con Teresa canta la muerte en la vida.

Romeral fresco y sombroso para todo peregrino,
lauro para la garzota de todos los luchadores,
espiga llena de pan, uva preñada de vino,
valle inundado de sol, campo sembrado de amores...

Viento que eriza las plumas de todos los lambrequines,
alas de fuego y de luz para todos los Pegasos,
horizonte que se encumbra sobre todos los confines
y se ensancha y engrandece sobre todos los ocasos...

Cruz en todo derrotero, faro en toda lontananza,
senda abierta a todo pié, ruta abierta a toda quilla...
¡Dios te salve, Reina y Madre, Madre de nuestra esperanza!
¡Dios te salve, Reina y Madre del amor, Madre Castilla!

¡Dios te salve, Madre mía, Madre hacendosa y austera,
la más dulce, la más santa, la más triste, la más pura,
y glorioso sea el pólen de tu nueva sementera
y bendito sea el fruto de tu nueva genitura!

¡Que en la paz de tus llanadas silenciosas y tranquilas
suene el himno del trabajo con acentos redentores,
entre el suave y sosegado repicar de las esquilas
y el alegre y cachazudo caminar de los pastores!

¡Que se tueste al sol el mármol resistente de los pechos,
y los gules de la sangre hiervan cálidos y rojos!

¡Que se hinchen como ubres sacrosantas los barbechos
y se exalten como vientres maternos los rastrojos!

¡Que jamás te azote el rayo ni la helada ni el pedrisco
y que el cielo se te ofrezca siempre generoso y blando!

¡Que deseches los harapos del sayal de San Francisco
y te vistas con el oro del ropón de San Fernando!

¡Que otra vez, Madre Castilla, vea el mundo en tí un ejem-
de constancia y fortaleza, no de incuria y abandono! [plo

¡Que otra vez seas alcázar, y taller, y castro, y templo,
y palestra, y señorío, y universidad y trono!

¡Que otra vez rujan tus hijos con indómitos clamores,
pero no empuñen las armas vergonzosas de la guerra,
sino las de los labriegos, únicos conquistadores
que noble y honradamente saben dominar la tierra...!

¡Dios te salve, Viejecita de las manos sarmentosas,
Abuela apocada y triste del pechuco desgarrado,
y torne en cetro florido de azucenas y de rosas
el bordón peregrinante de tu rústico cayado!

¡Que los cielos te reintegren a tus ínclitos destinos!
¡Que el futuro te devuelva tu grandeza fuerte y brava!
¡Que fecunde y magnifique la aridez de tus caminos
el fervor de lo que empieza, no el dolor de lo que acaba!

¡Dios te salve y te defina con el óleo de lo santo,
como símbolo de amor, de humildad y de concordia!
¡Dios te salve, Tierra mía, por haber sufrido tanto!
¡Dios te salve, Reina y Madre, Madre de misericordia!

¡Por ti vele, y encarrile lo inseguro de tus pasos
por senderos sin abrojos, por veredas sin ortigas,
encendiendo otras auroras el furgor de tus ocasos
y creando otras cigarras al salor de tus hormigas!

¡Hora es ya de que tu carne macerada y oprimida
se pronuncie vigorosa, se declare brava y fuerte!
¡Hora es ya de que escuchemos los panderos de la vida
donde tanto hemos oído las campanas de la muerte!

¡Hora es ya de que Castilla salga a plaza y reivindique
los derechos que su historia sin mancilla le conceda!
¡Hora es ya de que ante el resto de la Patria signifique
lo que busca, lo que ansía, lo que vale y lo que puede!

Hoy la paz es nuestro anhelo como ayer lo fué la guerra...
Nuestro afán sea el trabajo y el amor nuestra semilla...
¡Labradores, explotemos los tesoros de la tierra!
¡Castellanos, aumentemos las grandezas de Castilla!

INDICE

PÁGINAS

Salmo. 9

PRIMERA ESTANCIA

CASTILLA LA DE LOS BURGOS

Por el amor de mi dama. 23
Retorno señorial. 29
Romance del gran amor. 31
Los tres aceros de Castilla 35
Herido de mal de amores. 43
Al regresar del torneo. 47
Romance de la mano blanca. 49
Vencido 53
El juglar vuelve al castillo. 55
Por respeto de su dama 59

SEGUNDA ESTANCIA

CASTILLA LA DE LOS TERCIOS

Un retrato de Velázquez	65
El viejo hidalgo de la esposa infiel.	69
Amor de pícaro.	71
El peso de los hábitos.	77
De los tercios de Flandes.	79
Un encuentro.	83
Venganza.	87
Pleitesía	89
Zocodover.	91
El bufón del Rey Felipe	95
Un viejo hombre de Castilla.	99

TERCERA ESTANCIA

CASTILLA LA DE LOS TRIGOS

Invierno.	111
La novia castellana.	115
Vispera de fiesta	119
Paisaje.	123

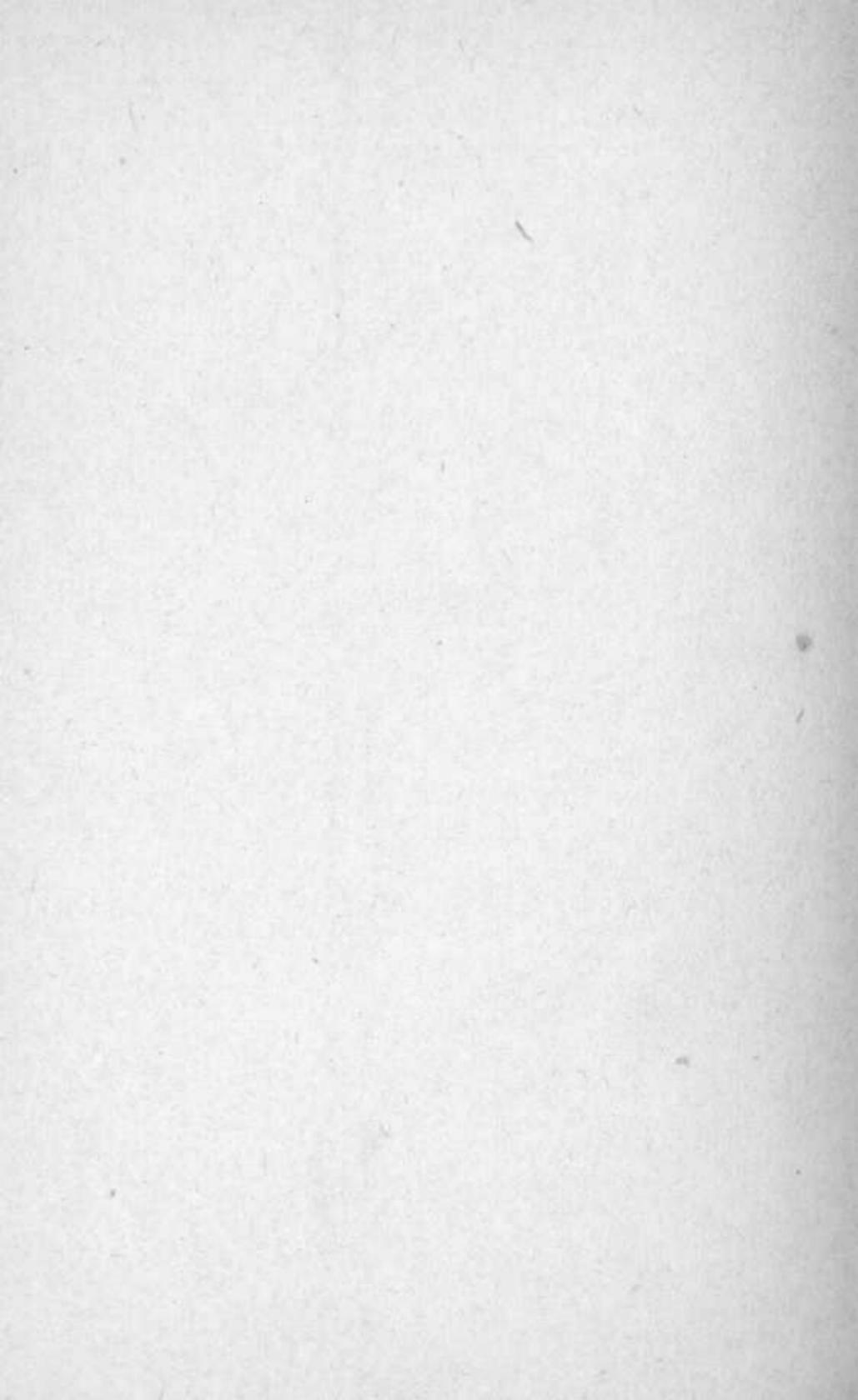
Aguafuerte.	125
Elegía del amanecer.	127
Cocina en un pueblo burgalés.	129
Orto en verano.	131
Mesón en la provincia de Valladolid.	133
La virgencita rubia.	135
Puesta de sol	137
El rebaño negro	139
Verano.	143
Egloga.	145
Nuevas coplas de Jorge Manrique.	149

OFRENDA

Salve a la Madre Castilla.	161
------------------------------------	-----

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EL DÍA
XXIV DE DICIEMBRE DE MCMXXIV,
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE
AFRODISIO AGUADO,
DE LA CIUDAD DE PALENCIA,
SIENDO EL PRIMERO
QUE PUBLICA LA
EDITORIAL
JORGE MANRIQUE







X 035, 0111

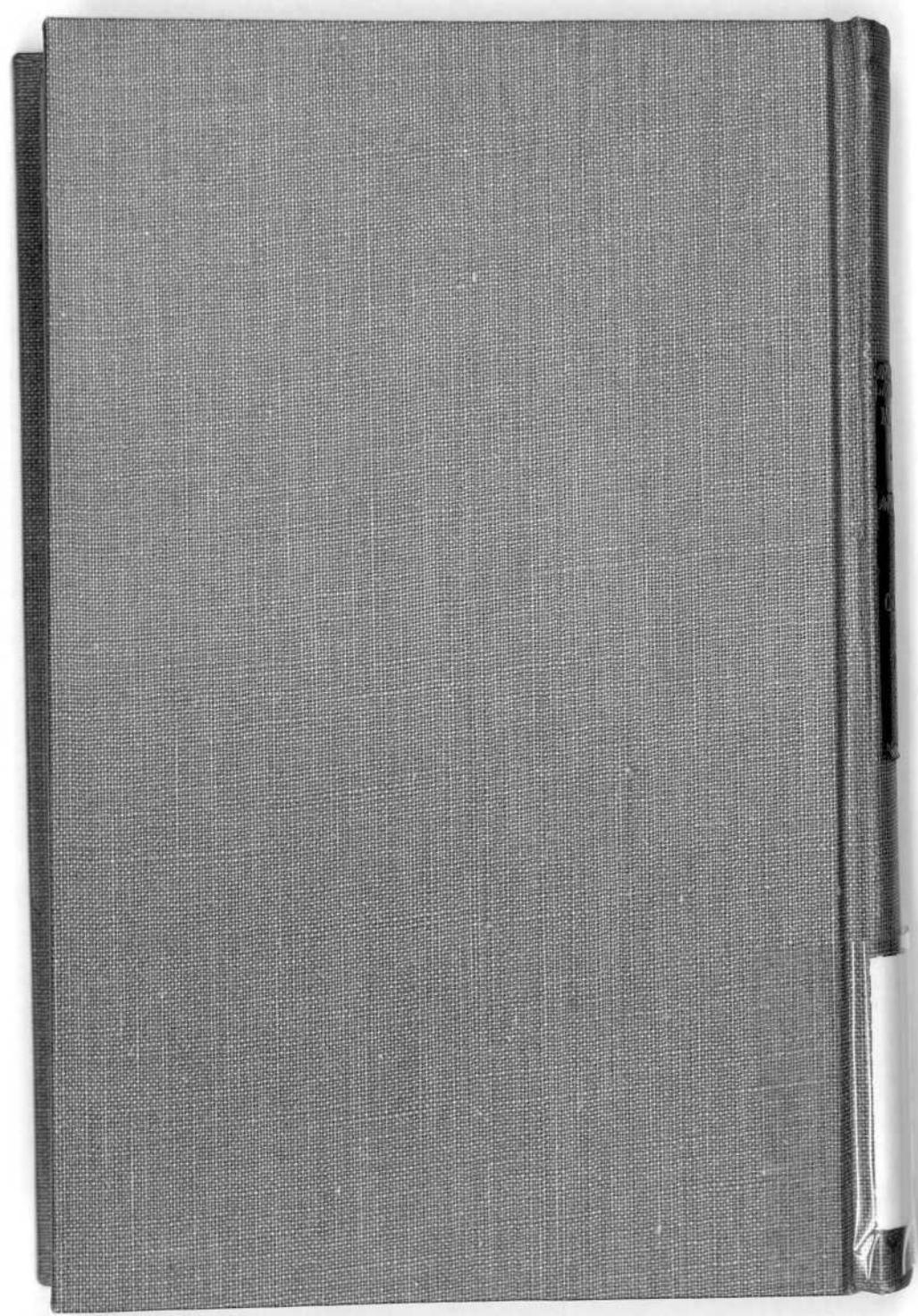
1111

= Libros Antiguos =

F. Puigill

Heters, 10 · Barcelona · Tel. 221 70 53





MARCIANO
ZURITA

CASTILLA
—
VERSOS

G-12595